97

7897

Сахарова

7897

HISTORIA

DE

ABELARDO

Y

HELOISA

SEGUIDA DE SUS CARTAS.

VALLADOLID: IMPRENTA DE APARICIO.

1820.

HISTORIA

DE

ABELARDO

Y

HELOISA

SEGUIDA DE SUS CARTAS.

VALLADOLID: IMPRENTA DE ARAUZO.

1830.

AL QUE LEYERE.

Los nombres de Abelardo y Heloisa andan en boca de todo el mundo; pero son muy pocos los que conocen á fondo sus desventuras: lo cual nos ha movido á publicarlas, bien que sucintamente, en este escrito, despues de haber consultado atentamente los autores mas fidedignos que han hecho mencion de tan desventurados personages.

Incluimos traducida á continuacion de la historia de estos dos amantes la carta de Abelardo á Filinto *su amigo, intitulada* Historia de sus calamidades, *cuyo escrito, segun el dictamen de los mas famosos críticos, es un instrumento auténtico; y de él es de donde hemos sacado casi todas las particularidades que se leerán en esta historia.*

Quisimos al principio insertar en este opúsculo la traduccion de las cartas de Abelardo y Heloisa por el conde de Bussy Rabutin; pero habiéndo-

nos luego hecho cargo que dicha traduccion es demasiadamente libre, puesto que el traductor se aparta muy amenudo del texto latino, truncándole y alterándole á su arbitrio, hemos mudado de parecer, teniéndolo por superfluo, sobre todo habiendo de incluir las tres epístolas poéticas que incluimos, las cuales se leerán así con mayor gusto.

Las dos primeras son ya bastante conocidas, habiéndose reimpreso varias veces; y la última, aunque inédita no dejará, á nuestro modo de sentir, agradar al público. En las tres ha vertido el autor casi los mismos pensamientos é ideas que el conde de Bussy Rabutin en las suyas; y aun los inteligentes no podrán menos de conocer que su autor ha invocado á veces con felicidad la valiente y donosa musa de Pope.

HISTORIA

DE ABELARDO

Y HELOISA.

Pedro Abelardo nació en Francia el año de 1079 en la provincia de Bretaña, á cuatro leguas de Nantes, de un linage noble é ilustre. Era primogénito de la familia; pero como tenia tanta aficion al estudio, cedió á su hermano el mayorazgo, y habiendo cultivado las letras desde su niñez con mucho lucimiento, á los diez y siete años fué á estudiar á la capital con Guillermo Champeaux, sábio teólogo, cuya reputacion y orgullo abatió bien presto, porque estando ya versado en la lectura de los poetas y oradores, instruido en las lenguas latina, griega y hebrea, y dotado por otra parte de una elocuencia nada comun en aquellos siglos, se llevó el séquito en las aulas, y su fama literaria se vió en breve difundida en todo el reino de Francia.

Pero un hombre de un ingenio tan aventajado y de unas luces tan superiores, que no habia tenido que hacer mas

que enunciarse para agradar y captarse la admiracion del público, debia tambien atraerse muchos émulos.

En efecto, su mismo maestro Champeaux al ver la sombra que le hacia su jóven discípulo, fué uno de los que mas se encarnizaron contra él al principio de su carrera literaria: y sin bien Abelardo salió siempre triunfante de las maquinaciones y zalagardas que le armaron por diferentes veces su maestro y demas émulos, no quiso con todo permanecer en París por no irritar mas y mas su furor. Y asi se fué á Melun, que venia á ser por entonces como un Sitio Real en donde solia residir la corte de Francia una parte del año. Alli se puso á enseñar la filosofia, habiendo alcanzado permiso para erigir una cátedra, apesar de los muchos pasos que dió Champeaux para frustrarle sus pretensiones.

Abelardo no tenia á la sazon mas que veinte y dos años, y hacia ya tanto ruido su fama, que muchos estudiantes de París, y aun algunos discípulos de Champeaux, vinieron á estudiar con él á Melun la filosofia peripatética, que comenzaba entonces á ser de moda en Francia. Ignórase si en Melun le sucedió algun fracaso, pues lo cierto es que no residió mucho tiempo en aquella ciu-

dad, sabiéndose que trasladó su cátedra á Corbeil, adonde los discípulos de Champeaux vénian en tropel á disputar con los de Abelardo, los cuales siempre salian victoriosos en sus disputas, grangeando á su maestro infinita gloria.

Apenas gozó Abelardo de ella, porque de allí á poco cayó gravemente enfermo de resultas de lo mucho que se daba al estudio; y como estaba tan extenuado, tuvo que suspender sus lecciones por dos años consecutivos, al cabo de los cuales volvió enteramente restablecido á París, en donde encontró las cosas muy mudadas, puesto que Champeaux se habia metido monge cisterciense. Reconcilióse con él, aunque no duró mucho tiempo la amistad, pues volvieron á indisponerse segunda vez; y aun Abelardo procedió en esta ocasion con la locura y soberbia de mozo contra su maestro, haciendole retractar públicamente de yo no sé qué especie que se dejó soltar en la cátedra; cuya solemne retractacion fué causa de que el discípulo volviese á enseñar en París la filosofía con lustre, y se viese considerado como un oráculo.

Hiciéronle Canónigo de la catedral de París; y probablemente le hubieran hecho obispo, si hubiese permanecido de

asiento en aquella capital; pero salió de ella con el fin de ver á sus padres, que ya algo ancianos habian abrazado la vida monástica, y deseaban con el mayor anhelo verle, principalmente su madre, que no le dejaba á cartas, á fin de que fuera á visitarla.

Fué allá, como era natural; y en este intermedio nombraron obispo á Champeaux: sabedor de lo cual Abelardo, luego que vió despacio á sus padres, regresó á París, desde donde hizo un corto viage á Laon con ánimo de asistir á la cátedra de escritura que regentaba en aquella ciudad un eclesiástico de mucha fama, llamado Anselmo, dean y arcediano de aquella iglesia; pero habiendo visto desde los primeros dias que su mérito no correspondia á su exagerada fama, iba muy pocas veces á la aula, y cuando iba, solia sonrojar al catedrático poniéndose á corregirle públicamente, de lo que se ofendió tanto este que despues de algunas historias que tuvieron los dos, hizo que echasen de la ciudad al desvergonzado forastero. La modestia desaprueba el porte de Abelardo en aquel lance; porqué aun dado que supiera mas que el otro, como no debe dudarse, su superioridad no le daba ningun derecho para deprimir á un maestro

de alguna reputacion, elevándose sobre el mal de su grado. Ni ¿cómo se le habia de dar, si las mejores prendas del mundo dejan de serlo cuando tienen este objeto? La ciencia y el mérito nos ponen en la obligacion de ser mas útiles á nuestros prójimos, lejos de autorizarnos á mortificarlos, haciéndoles sentir sus imperfecciones, su ignorancia ó sus defectos.

Regresó otra vez Abelardo á París, yo no sé si algo corregido de su ligereza; y á poco de estar alli, oyó hablar con entusiasmo de una señorita, sobrina de un canónigo de París llamado Fulbert, la cual era un prodigio de talentos y hermosura.

En efecto, Heloisa ó Luisa, nombre derivado de *Heloy*, que significa divinidad, acababa de cumplir diez y ocho años, y se hallaba instruida en la filosofía, en las lenguas latina, griega y hebrea; habia leido muchos historiadores y poetas, y conocia ya los mejores libros de su tiempo. Su talento perspicaz habia usado ventajosamente la lectura, pues sobre discernir el mérito de las obras que manejaba, sacaba de ellas mas acendrada filosofía que la que contenian.

Introdújose pues Abelardo en casa de su tio, que era donde moraba; y

desde aquella época fué cuando estas dos personas, bien conocidas en su siglo por las luces de su entendimiento y por la sensibilidad de su alma, se vieron y amaron; pero con tal extremo, que desde los primeros dias, cuando estaban á solas, ventilaban ya con calor cual de ellas era mas sensible; y habiéndose jurado mutuamente un amor eterno, tomaron las medidas para entregarse sin peligro á su pasion.

Hizo el amante que algunos amigos suyos propusieran al canónigo Fulbert que le diera un cuarto en su casa, pagándole una pension, y obligándose él por su parte á instruir á Heloisa. Cuyo partido aceptó sin dudar el avaro presbítero; y aun tuvo la condescendencia de permitir al preceptor pasar con Heloisa noche y dia, y castigarla cuando era indócil á sus lecciones. Los amantes se aprovecharon de esta libertad, y vivieron retirados y felices en los brazos del amor, tanto que Abelardo se expresa así: "En el retiro mas nos ocupábamos en nuestro recíproco ardor, que en las cuestiones de filosofía, y mas eran los besos que nos dábamos, que los axiomas que procurábamos explicar: yo aplicaba mas amenudo la mano al seno de Heloisa, que á los libros; y

»chanceándome de diferentes opiniones »de la moral, hallaba en él la suprema »felicidad."

Mas este comercio secreto se hizo público, y Fulbert le descubrió por unas canciones que le hacian cantar, de las que en fin adivinó el misterio, y echó á Abelardo de su casa.

Entre tanto se halló en cinta Heloisa, de lo que hizo sabedor á su amante, quien dispuso robarla, y la envió á casa de una de sus hermanas á Bretaña, cuyo suceso llenó de dolor y cólera al canónigo. Para apaciguarle prometió Abelardo casarse con Heloisa; pero por exceso de un amor singular, queriendo ésta ser mas bien la dama que la muger de Abelardo, se resistió por mucho tiempo á ello, hasta que por repetidas instancias de su amante consintió en el matrimonio, que efectivamente se celebró en secreto muy de mañana, y en presencia de pocos testigos en una iglesia de París, precaviendo de este modo la pérdida del canonicato de Abelardo Y aun para tenerle mas en silencio entró Heloisa por direccion de su esposo en el convento de Argenteuil, donde andaba con hábito de religiosa, y adonde negaba en la ocasion hasta con juramento que era su esposo Abelardo.

Antes de esto Heloisa habia dado á luz un niño, que murió á poco de nacer.

Al ver Fulbert todas estas disposiciones, cree que aun se le engañaba, y formó é hizo ejecutar el horrible y afrentoso proyecto bien sabido, con el que el amante dejó de ser hombre: unos malvados introducidos de noche en casa del infeliz Abelardo, le redujeron al estado de Orígenes. Fulbert pagó el atentado con la confiscacion de sus bienes, y los ejecutores con la pena del talion.

No es posible expresar el dolor de Heloisa cuando supo esta horrible nueva: Abelardo, curado de su herida, fué á ocultar su vergüenza en el claustro de san Dionisio, tomando el hábito de religioso, y persuadió á Heloisa á seguir su ejemplo.

Esta, que no tenia otra voluntad que la de su amante, y que por otra parte le veia desolado y acosado de zelos, vino al instante en ello, y á los veinte y dos años se vió *esposa sin marido, viuda antes de su muerte, madre sin hijos, religiosa sin vocacion, desolada sin apoyo, y solitaria en medio del mundo*, al que no dejaba de tener alguna aficion.

Al pronunciar sus votos monásticos tenia en sus manos y bañaba con sus lágrimas la última esquela de Abelardo, en

que la juraba éste un amor eterno. "Yo llevaba, decia Heloisa, cuando fui al altar, el corazon de mi amante y el mio, y mi sacrificio inmolaba uno y otro." De modo que este muro de separacion que acababa de levantarse entre ella y Abelardo, lejos de ponerla á cubierto del amor, no hizo sino avivarle mas y mas en su pecho. ¿Qué importaba que estuviera ausente del mundo, si tenia dentro de sí misma el origen de sus males, y el enemigo mas cruel de su felicidad en la religion? Asi es que cuando hacia algunos propósitos santos, el dulce recuerdo de sus pasados placeres, la lisonjera memoria de sus aventuras amorosas, y sobre todo la imágen hechicera de Abelardo venia luego á trastornárselos enteramente. Faltábale la uncion del Espíritu Santo, y vivia en un estado espantoso de languidez é indolencia espiritual. No es facil saber con certeza lo que pasaba en lo interior del alma de Heloisa; pero lo cierto es que de allí á poco que profesó se puso pálida y flaca, y su economía animal se desordenó enteramente. Por la noche, apenas se habia recogido en su celda, cuando se levantaba desvelada y llorosa, y se iba á pasear por los dormitorios, quejándose y suspirando. Por el dia andaba siempre

pensativa y turbada. ¿Y cuál es la muger á quien no suceda lo mismo en los claustros? El hombre ha nacido para la sociedad, y en sacándole de ella, en aislándole, se desunen sus ideas, se muda su genio, se suscitan en su corazon mil afecciones ridículas, y brotan en su mente pensamientos extravagantes, bien así como zarzas en una tierra inculta. Si se lleva á un hombre á una selva, decia Diderot, se volverá feroz; pero mucho peor es todavia meterle en un claustro, en donde la idea de la necesidad se agrega á la de servidumbre. Se puede salir de una selva, añade, mas no de un claustro: en la primera hay por lo menos libertad, en lugar de que en el segundo todo es horror y esclavitud, y por lo tanto acaso se necesita una alma mucho mas enérgica y vigorosa para resistir á la soledad que á la miseria, porque si bien esta nos envilece, aquella nos deprava.

Añádase á todo esto que Heloisa habia ya gustado los deliciosos placeres del amor, y su profesion monástica no podia ponerla al abrigo de tan halagüeña memoria, ni desviársela tampoco de su acalorada imaginacion.

Profesó tambien Abelardo; y no obstante las tramas y envidias de los monges de su monasterio, volvió á sus ejer-

ejicios escolásticos, compuso un *tratado de Teología*, que le acarreó muchos enemigos, y entre ellos á san Bernardo, quien, como es sabido, se declaró contra la filosofía peripatética, que habia comenzado á cultivarse en Francia algunos años antes; y en suma, de resultas de haber publicado el mencionado libro tuvo que comparecer ante el concilio de Soisons, en donde su tratado fué primeramente declarado ortodoxo, y poco despues tenido por herético, y condenado al fuego; y sin embargo de que Abelardo se sintió con bastante ánimo para arrojarle él mismo á las llamas, probando por aqui su sumision y obediencia á los decretos de la iglesia, no por eso se libró de la pena de cárcel que le impuso el concilio, porque los padres que asistieron á él eran todos teólogos, es decir, inflexibles y perseguidores cuando se trata de lo que ellos llaman erradamente *la gloria de Dios*, por no considerar que el mayor servicio que puede hacerse á la Divinidad es defender su causa sin cólera, asi como el mas indigno retrato que puede hacerse de ella es pintarla sañuda y vengativa; siendo como es la misma verdad, la cual es desapasionada. Un error aunque sea en materias de fé, no es crímen de tanta

gravedad que merezca cárcel ni otro castigo alguno; al que está engañado se le debe desengañar con dulzura y mansedumbre, que el evangelio no ha dado otras armas al sacerdocio. Las cárceles, cadenas, argollas, azotes, ruedas, horcas y demas castigos son buenos para los delincuentes y criminales; pero de ningun modo son aplicables á un hombre que incurre en un error. Prescindiendo de que habiéndose desdicho de los suyos Abelardo, era inútil encarcelarle.

No obstante, llevó algun tiempo con paciencia su prision en su mismo monasterio, hasta que aburriéndose despues, se fué á esconder á un yermo cerca de Noguent: en donde no pudo estar oculto cual el queria, porque como en su siglo eran tan raros los sábios, y él era el mas afamado de todos, se anduvo en busca suya, y al fin se dió con él.

Volvió pues á explicar la Teología contra su gusto; y con el producto que sacó de sus lecciones, edificó despues en la provincia de Champaña una ermita, que dedicó al Espíritu Santo, poniéndola el nombre de *Paracleto*; mas este acto inocente de devocion suscitóle de nuevo otra persecucion por parte de sus enemigos, los cuales le acusaron de herege por haber dedicado su iglesia al

Espíritu Santo. Para perder á un hombre se estilaba en aquellos siglos con una iniquidad sin igual ponerle en mal nombre y concepto de los ignorantes, hacerle pasar por sospechoso en la fé, ó atribuirle en fin alguna heregía, asi como en el nuestro, algo mas culto, se suele achacar aun en ciertos paises al sujeto que se quiere perder el imaginario crímen de *impiedad*, esparciendo en el público las especies mas conducentes á este fin; y de otros mil modos que sabemos: bien que á decir verdad hay en la actualidad mil medios y arbitrios para defenderse que no habia en aquellos siglos supersticiosos, en que la ignorancia y las tinieblas eran extremas. Por la misericordia de Dios y de nuestra dicha hemos alcanzado mejores dias, pues el sol de la verdad se ha dejado ver casi en su lleno, y á su luz vemos ya acometidos y asaltados por todas partes los muros, dentro de los cuales se hallaban encastillados el fanatismo, la cruel supersticion, que es lo propio, la vil hipocresía, que es peor, esa vil hipocresía que insulta á Dios cara á cara, y que se mofa y burla de lo mas sagrado, con toda la demas turba de monstruos destructores de la verdadera religion y de la humanidad. Pero volviendo á nuestro Abe-

lardo, ello es que á puro trabajos y discusiones salió al cabo con lucimiento de aquella persecucion, consiguiendo sincerarse de la heregía, y confundir y aterrar á sus enemigos.

Por entonces fué cuando el abad de Suger, persuadido á que las monjas de Argentuil no vivian cual se lo prescribia su estado, las hizo salir de aquel monasterio, y estableció en él á los monges de san Dionisio; con cuyo motivo ofreció Abelardo el Paracleto á Heloisa; la que habiéndole aceptado con gusto por venir de la mano de su amante, se retiró allí con varias religiosas y dos sobrinas de Abelardo, que luego tomaron el velo. Inocencio II confirmó por un breve la fundacion de este monasterio de monjas, del que Heloisa fué la primera supriora.

El Duque de Bretaña, que apreciaba mucho á los sábios, nombró á Abelardo abad de san Gildas de Ruis, en el obispado de Vanes, cuya abadía estaba situada en un peñon, al que azotan las olas del mar, paraje muy á propósito para el que habiendo desarraigado de su corazon todo cuidado y solicitud del mundo, deseaba solo vacar á Dios, y juntar el espíritu por ardentísimo y continuo amor por él.

Toma posesion Abelardo de su prelacía; y ¡cuánta fué su admiracion al observar que sus súbditos eran unas gentes disolutas y desalmadas, que en lugar de macerar y enflaquecer sus carnes con ayunos y penitencias, cual á su parecer lo exijia la vida contemplativa, vivian como Sibiritas, entregados de todo punto á la disolucion mas desenfrenada, y aun á los vicios mismos que desdicen hasta en los seglares! Quiere reformar el monasterio, y atraer á sus súbditos con su ejemplo á la observancia monástica; pero sus laudables esfuerzos no hicieron sino grangearle su cruel enemiga. Los monges, acostumbrados á pasar los dias enteros en placeres impúdicos, en la embriaguez, en el juego, en la huelga, y siempre apegados á las cosas de la tierra, por servirme de los propios términos del abad Tritemio, no podian ver á su prelado, que intentaba reprimirlos; y asi comenzaron primero por calumniarle, atribuyendo sus visitas al Paracleto (adonde solia ir Abelardo frecuentemente) á su culpable pasion por Heloisa, como si el estado de Orígenes, á que se veia reducido, no le pusiera al abrigo de toda sospecha; y por último le hicieron padecer todos los sinsabores y persecuciones posibles, lo

cual desazonó tanto al buen abad, que pensó seriamente en hacer renuncia formal de aquella prelacía.

Pero cuando estaba en vísperas de hacerla, le trajeron de improviso la noticia de que el conde de Nantes, su hermano, estaba malo de peligro, y que queria absolutamente verle.

Parte allá Abelardo con un junior ó corista, y con un criado para que les sirviera á entrambos. Los monges, mal hallados con su abad, deseosos de quitarle de delante, é ignorantes por otra parte de la resolucion en que estaba de hacer su renuncia, tuvieron esta coyuntura por muy favorable y á propósito para deshacerse enteramente de él. Y ¿qué hicieron? Sobornaron al criado, y le entregaron las drogas necesarias para que le envenenara cuando pudiera en el viage.

En efecto, este vil y desventurado satélite apenas llegaron á Nántes, puso en planta sus diabólicos designios, echándoles una noche veneno en la cena, pero aconteció por fortuna que hallándose algo incomodado aquella noche Abelardo, no quiso cenar; y el malhadado corista, que lo habia hecho con ganas, sintió de allí á poco unas horribles convulsiones, acompañadas de dolores violentísimos, que no era posi-

ble aplacar por mas que se hacia. Llamóse á un médico, quien despues de haber pulsado y observado atentamente al paciente, volviéndose al abad le dijo: este jóven está perdido. = ¡Cómo perdido! repuso el abad consternado.... á su edad, con tantos arbitrios, con su robustez. = No hay remedio. = ¿Pues qué especie de enfermedad es la suya? ¿Cuál puede ser la causa de un accidente tan repentino? = Una causa en que se verán malogrados todos los secretos del arte, porque le han dado veneno. = ¡Veneno! ¡Gran Dios! No es posible. = Y muy buena dósis. "Júzguese de la pesadumbre que causaria á Abelardo este trágico acontecimiento. Despues de haber hecho algunas combinaciones sobre el caso para descubrir al autor de aquel horrible atentado, quiso empezar por examinar al criado; pero éste se habia escapado de casa al punto que vió entrar al médico, cuya precipitada fuga le hizo adivinar á Abelardo la verdad del hecho.

Entre tanto el cuitado corista espiró en los amables brazos de su abad, y recibió de su piadoso corazon todos los consuelos de la religion.

¡Quién dijera que este funesto error de los monges de Gildas, lejos de amortiguar su venganza, la habria de irritar

mas y mas! De hecho: apenas regresó Abelardo al monasterio, cuando no solamente intentaron matarle á pesadumbres, sino que aun quisieron darle de puñaladas; y el infeliz tuvo que tomar mil precauciones para salvar la vida.

Por aquel tiempo fué cuando una carta de Abelardo, dirigida á un amigo, que contenia la historia de sus desgracias, cayó en manos de Heloisa. Este escrito despertó toda su ternura, y ocasionó las famosas cartas que tenemos de ellos, y que pintan tan vivamente los combates de su violenta pasion.

Poco despues, no pudiendo avenirse con sus monges, y deseando por otra parte ver á Heloisa, quien siempre le andaba rogando por cartas fuera á visitarla, dejó su monasterio; y los dos amantes se reunieron en Paracleto, nombre que, como ya hemos dicho, habia dado Abelardo á la ermita que habia fundado en Champaña, adonde san Bernardo mismo fué á visitar en cierta ocasion á Heloisa, que era la abadesa del monasterio.

Abelardo pasaba allí una parte del año dedicado al estudio; pero la calumnia le persiguió hasta en esta soledad, pues como siguiera siempre escribiendo, su grande fama suscitó de nuevo la envidia de sus rivales, los cuales renovaron

el negocio del concilio de Soisson, y señaladamente el abad de san Tierri, quien á cara descubierta se declaró contra él. Las crónicas del órden de san Benito nos pintan al abad de san Tierri como un varon santo; empero confesemos que en aquel siglo debian tenerse muy equivocadas ideas de la piedad, la cual no ha prescrito nunca turbar la paz y bien estar de su prójimo, causarle sentimientos, constituirse su delator, y ejercer en fin un oficio infame y digno de la execracion pública, como el que ejerció este buen abad con Abelardo, pues no contento con desacreditarle y acusarle de heregía, le obligó á comparecer ante los concilios de Reims y Sens, que se congregaron á impulsos suyos para revisar sus obras; y aun hizo que san Bernardo, sujeto del mayor influjo en aquel tiempo, se declarase enérgicamente contra el acusado, y clamara contra sus obras. Con cuyas tramas y mañas consiguió que en dichos concilios, á los que asistió en persona el rey Luis el mozo en 1140, se condenasen sus escritos.

Abelardo, apesadumbrado de esta injusticia, embió á Heloisa su profesion de fe, para que la hiciera saber á todo el mundo, y él por su parte no se descuidó tampoco en publicarla; pero fueron

vanos todos sus pasos, porque como sus obras quedaban condenadas por una autoridad respetable, siempre se le miraba como sospechoso en la fé. Visto lo cual, y deseoso de justificarse de los errores que se le imputaban, proyectó ir á Roma; y hubiera emprendido sin dificultad el viage, á no habérselo disuadido el abad de Cluni, ofreciéndole ser su medianero para con san Bernardo, que en este asunto era su mayor enemigo.

Efectivamente, el abad de Cluni se abocó con san Bernardo, ablando su ánimo, y logró reconciliar á los dos rivales.

De allí á poco, sabedor el Soberano Pontífice de la conducta edificante de Abelardo, no solo le trató con humanidad, sino que aun le dió tambien pruebas nada equívocas de los pesares que tenia de haberle tratado con tanto rigor, restituyéndole á todos sus derechos y privilegios; cuyos favores, léjos de ensoberbecer á Abelardo, no sirvieron sino para hacerle mas y mas humilde, y á dar mayor realce á su piedad, como lo testifica el mismo abad de Cluni.

En fin, despues de tantos pesares, persecuciones y reveses murió en el priorato de San Marcelo á 21 de Abril, de edad de 63 años. Pedro el Venerable, abad de Cluni, compuso en latin dos

epitafios de Abelardo, que se pueden traducir al castellano del modo siguiente:

PRIMER EPITAFIO.

En hora buena alabe
La Grecia siete Sabios,
Y Sócrates reciba
Con Platon sus aplausos,
Y admírese en buena hora
Al Maestro de Alejandro;
Que un solo Doctor nuestro,
Cual es Pedro Abelardo,
Merece estos honores,
Respetos y entusiasmo.
El Sócrates de Francia
Fué en vida el desgraciado,
Y el Platon de Italia,
Y de elocüencia el Maestro,
Agudo é ingenioso,
Por su habla aventajado,
Del uno al otro polo
Fué oido y admirado,
Y fué de nuestros tiempos
El mas sublime sabio.
Mas no se cifra en esto
Su mérito acendrado;
Que este pozo de ciencia,
Sombra del Peripato,
Una insigne victoria
Al cabo de sus años
Ganó sobre sí mismo

Viniéndose á los claustros,
Do fue toda su gloria,
En Cluni retirado,
Practicar la doctrina
Del Dios crucificado.
Y en fin en San Marcelo
Murió Pedro Abelardo
La undécima Calenda
De nuestro mes de Mayo.
Al seno del Eterno
Que volará creamos
Por nuestras oraciones
Plegarias y sufragios.

SEGUNDO EPITAFIO.

Pedro, á quien se miraba
Como á un segundo Homero,
Angular á la piedra
Unido está en el cielo,
Do nunca separarse
Podrá ya del Eterno;
Y aunque bajo esta losa
Parace está encubierto,
Muy mas que las estrellas
Brilla ya en el etereo,
Do la verdad contempla
Sin figura y sin velos.
El sol: ¡ay! de la Francia
Se ha eclipsado y cubierto
Para ella todo es noche

Faltándola su Pedro,
Que él supo cuanto puede
Saber hombre terreno.
Atónitos los sabios
Ante él siempre estuvieron,
Que toda ciencia y arte
Calaba su talento,
Y todos á sus leyes
Doblegaban sus cuellos.
De la filosofía
¡Oh sacrosantos templos!
Llorad, llorad: ¡oh escuelas!
Vuestro Príncipe ha muerto.
Ya no existe: el sepulcro
Do yace aquel portento
Del famoso Abelardo
Venid, venid á verlo.
Del Abril el veinte y uno
Aqueste hombre estupendo,
Que á la Francia é Italia
Pasmó por su talento,
Pasara á mejor vida.
Fué el único sugeto
De todos los mortales
Que en vida en este suelo
Supiera cuanto puede
Saber ente terreno.

Estos elogios no pueden ser sospechosos, mediante que vienen de una pluma que estuvo siempre consagrada á la verdad. Sin embargo, no falta quien

haya motejado á Abelardo de haber sido el inventor de esa teología escolástica, que ha producido esas doctrinas sobre todas detestables, que han viciado, corrompido, si es que no han borrado totalmente las ideas de Dios, de seres espirituales, de esperanza, de caridad, de devocion, de virtudes y de vicio. En una palabra, hay quien no puede perdonarle el haber introducido el gusto de las sutilezas y discusiones vanas, con el cual se han retardado los progresos no tan solo de las ciencias, pero aun de las artes que parecen tener con la teología menos conexion.

Dificil seria defender á Abelardo si fueran ciertas estas acusaciones, siendo constante que los teólogos escolásticos en lugar de dedicarse á conocer á fondo el espíritu de la religion, y separar lo que hay en ella de Dios y lo que pusieron los hombres; en vez de defender con dulzura su verdad contra sus enemigos, en purificar la moral, y hacer conocer al hombre sus deberes; en lugar de ocuparse en los medios de hacer felices los pueblos, en apurar los primeros principios de las ciencias y artes, y extender sus límites, no pensaron sino en difundir la impostura, las tinieblas, la supersticion, la intolerancia, y todo cuanto

podia concurrir á la desventura humana.

Pero Abelardo no fué el inventor de la escolástica, ni nunca le han reconocido las escuelas por su primer maestro; y nadie ignora que de esta honra nada envidiable estan ya en pacífica posesion su discípulo Pedro Lombardo, obispo de París, comunmente llamado el *maestro de las sentencias*, y á santo Tomas de Aquino, vulgarmente llamado el *doctor angélico*, Abelardo gustaba mucho de la filosofía peripatética; pero él no fué el que la aplicó á la teología. Y por otra parte, ¿quién duda que este hombre célebre poseía mil vastos conocimientos que no suele poseer un teólogo escolástico?

Mas sea de esto lo que quiera, volvamos á lo que sucedió despues de su muerte.

El abad de Cluni, que sintió mucho la muerte de Abelardo, dió parte de ella á su cara Heloisa, quien se quedó sumamente apesadumbrada y afligida de tan fatal reves, y no paró hasta alcanzar del abad que la remitiera al Paracleto el cadaver de su Abelardo, sobre cuyo sepulcro no cesaba al principio de verter copiosas lágrimas noche y dia. Su muerte la llegó tan al alma, que desde que la supo comenzó ya á entregarse enteramente á Dios, viendo que no la quedaba ya en la tierra cosa alguna que pudiese lle-

var su atencion, y solamente pensó en corresponder fielmente á los llamamientos divinos, y en reparar con penitencia y dolor lo que ella llamaba sus culpas pasadas.

De este modo pasó veinte y dos años, observando con gran fervor las obligaciones de una religiosa voluntaria, y edificando con su piedad y egemplo á sus hijas y compañeras: hasta que en fin el 17 de mayo de 1164 espiró con todos los auxilios que la religion ofrece en tales lances en los brazos de sus cándidas hijas y compañeras, dejando mandado se la enterrara en la misma sepultura donde yacia su esposo.

Los historiadores de aquellos tiempos nos han dejado escrito, que al tiempo de meter en la hoya de Abelardo el cadáver de Heloisa, tendió aquel sus brazos para recibirla, y que le apretó estrechamente contra su pecho. Pero ¿quién no ve que para esto hubiera sido menester un milagro de la Omnipotencia, la cual no piensa ni ha pensado nunca en trastornar el órden que tiene ya establecido en el universo?

El mayor milagro que ha podido suceder es, que habiendo muerto Abelardo y Heloisa siete siglos hace, sea todavia su memoria tan dulce y preciosa á las almas tiernas y sensibles.

ABELARDO

Á SU AMIGO.*

Vista la condolida relacion que me haceis de vuestras desdichas y fracasos ocurridos, extrema debe de ser sin duda ninguna la necesidad que teneis de consuelo: lo se muy bien; pero ¿pensais acaso, Filinto mio, que sois el único mortal que haya sobre la tierra digno de compasion? ¡Miserable de mí! ¿Sa-

---

* Esta carta, traducida del latin, y que lleva el título de (Historia calamitatum Abelardi), contiene diversos pensamientos, que no podrian verterse al español sin ofender los oidos de las personas castas; y tales son por ejemplo entre otros muchos los de los siguientes pasages, en que si desgraciado amante dice que para galantear á Heloisa, se valia del pretexto de enseñarla. "Primum domo una con„jungimur, postmodum animo, sub occasione „igitur disciplinæ amori penitus vacabamus, et „secretos recessus, quos amor optabat, studium „lectionis offerebat. Apertis itaque libris plura „de amore quam de lectione verba se ingere„bant; plura erant oscula quam sententiæ, sæ„pius ad sinus quan ad libros deducebantur „manus.... Quoque minus suspitionis haberе„mus, verbera quandoque dabat amor non

beis por ventura á quién contais vuestras cuitas? Como verdadero amigo no puedo menos de declararos que tomo parte en vuestras justas aflicciones; mas ¿por qué no digo interes en enjugaros vuestras lágrimas? Con el fin de suavizar las llagas que una tiránica fortuna os habia abierto, agoté cuantos tesoros encerraba mi filosofía. Sin embargo, fueron en balde mis desvelos; luego ¿para qué convendrá entregaros sin cesar á la melancólica contemplacion de vuestros infortunios? El hombre cuerdo lejos de abandonarse, debe sostenerse á sí mismo con

---

„furor, gratia non ira.... Quid denique nullus „á cupidis intermissus est gradus amoris, et si „quid insolitum amor excogitare potuit, est „additum." Tambien Heloisa, tratando de disuadir á su amante del intento de casarse con ella, se expresa en los términos siguientes: "Pro periculo et pro decore Abelardi, He„loissa dehortabad me á nuptiis: nutiæ non „conveniunt cum philosophia, quæ enim con„ventio scholarium ad pedissequas, scriptorio „rum ad cunabula, librorum ad colos, ca„lamorum ad fucos."... La misma al describir su modo de pensar con respecto á los infortunios de Abelardo, dice asi: "Deus im„maculatum non pertulit thorum qui diu ante „sustinuerat pollutum; qui ex adulterio prome„rentur alii, tu ex matrimonio incurristi; non „cum pristinis vacaremus voluptatibus, sed

todo el caudal de sus fuerzas; y si hay un medio capaz de consolarlos, y desvanecer algun tanto vuestras tristezas, hállole únicamente en la sincera amistad que os profeso. En efecto, sondead atentamente las desgracias que han cargado sobre este vuestro desafortunado amigo; y entonces las vuestras os parecerán acreedoras á un menor sentimiento, desde el momento en qué las compareis con las que ha sobrellevado el mas tierno é infeliz de todos los hombres. Era menester que fuéseis amigo mio, como lo sois en realidad, para que yo me resolviera á describiros aquí unos sucesos que no pueden renovarse á mi

„cum ad tempus segregati castius viveremus."

Hay otros infinitos pasages que uno se veria imposibilitado de traducirlos libremente: tal es este en que Heloisa dice: "Te ma„gis offendere quam Deum vereor, tibi pla„cere amplius quam ipse appeto." Finalmente, la version española no tendrá jamás el mérito que la lengua latina nos presenta en la siguiente cortesia ó subscripcion epistolar: "Domino suo, immo patri; conjugi suo, „immo fratri; ancilla sua, immo filia; ip„sius uxor, immo soror; Abelardo, Heloisa."

No tenemos reparo en decir que Heloisa usa en sus cartas de unas expresiones mucho más limadas, y que su latin es mucho mas elegante que el de Abelardo.

ánimo, sin que mi pecho se vea atacado al mismo tiempo de las mas mortales angustias. ¡Quiera el cielo que la larga cadena de mis calamidades pueda restablecer el sosiego de vuestra alma, y restituir á la mia aquel amable descanso que ya no podrá hallar ella hasta despues del último término de este miserable cuerpo que en si la lleva, y que ruego diariamente al supremo Hacedor le reduzca á la nada!

Abelardo refiere aqui muy por menor todos sus amores y desastrados acaecimientos, acerca de lo cual puede verse la vida de este tan por su desgracia celebrado amante, y solo recordaremos ahora ciertos pasages que se han juzgado dignos de atencion. Abelardo, despues de haber triunfado de sus enemigos, continúa su carta de la manera siguiente:

Habíanse disipado ya las tempestades: yo me veia en puerto seguro, y los tiros de mis enemigos se embotaban, y no podian llegar hasta mí. Dichoso yo mil veces si hubiera sabido aprovecharme de mi triunfo! Pero ¡ah! poseido una vez de contento el espíritu cuan difícil es no dar entrada en el corazon al veneno fatal del amor. Vais, Filinto mio, á saber todas mis flaquezas; creo que no hay mortal exento de pagar al amor su debido tributo. Yo era filósofo, empero éste tirano de las almas dió en tie-

ra con toda mi sabiduría, y sus flechas fueron mas fuertes que mis raciocinios: de manera que el dios alado no tardó nada en esclavizar mi voluntad á seguir cuantas inclinaciones el quiso darme. El cielo, cuando mi pecho rebosaba en las mayores delicias, descargó toda su cólera sobre mí, con quien su venganza hizo un ejemplar; siendo yo víctima tanto mas desgraciada, cuanto al mismo tiempo se me quitaron todos los medios de poder tomarme una satisfaccion: en una palabra, dejóme entregado á una continua lucha con mis mas reprehensibles deseos. Voy, carísimo amigo, á pintaros fielmente mi pasion; y en su vista podreis juzgar despues si merecí tan cruel castigo.

Yo habia tenido siempre el mayor horror á esas mugeres dadas á los galanteos de todos, y tan ridículamente preciadas de hermosas, á las que no puede uno amar sin empacho. Hallábame dominado ademas de una cierta ambicion sobre el objeto á que mi corazon debia dar su preferencia en esta eleccion; y á fin de triunfar con mas gloria, no deseaba yo mas que tener obstáculos que vencer. Habia en París una joven,... ¡Ah! Filinto, parecia que estaba formada por el amor mismo; *Heloisa* era su nombre;

El desolado Abelarno sigue hablando de

sus amores, de su mucha introduccion con Fulbert, de los sentimientos que este canónigo sobremanera irritado con la conducta de su sobrina le ocasiona, de su reconciliacion con él, hasta el tiempo de verse con Heloisa en Bretaña, adonde Abelardo se restituye para hacerla sabedora de las condiciones con que vuelve de nuevo á la amistad de su tio. Heloisa, que lleva muy á mal la palabra dada por Abelardo de casarse con ella, y deseosa en extremo por consiguiente de disuadirle de tales intentos, le hace presente:

Que el matrimonio era un vínculo fatal para un filósofo; que los cuidados de una familia no concordaban con el sosiego y aplicacion que iban unidos al estudio de la sabiduría. Recordóme Heloisa, prosigue Abelardo, cuanto tienen escrito sobre esta materia Teofrastes, Ciceron, y con especialidad el desgraciado Sócrates, que salia muy gozoso de la vida por cuanto dejaba en ella á Jantipa. ¿No me servirá de mas contento, añadíase por ella, el verme amante que no esposa vuestra? ¿Y no tendrá el amor una virtud mas eficaz para conservar nuestras voluntades en mutua correspondencia que todos los vínculos juntos del himeneo? Los placeres que gozaremos de tarde en tarde y con su cierto trabajo nos parecerán colmados siempre de delicias, en vez de que las cosas permi-

tidas arrastran consigo por lo comun el fastidio y la insipidez. Como todas estas reflexiones no fuesen suficientes para moverme á desistir de mi resolucion, hizo Heloisa, por medio de sus ruegos, que mi hermana me estrechase por otro lado combatiendo mi espíritu con nuevos sobresaltos. Lucilia, pues este es su nombre, habiéndome llamado aparte: ¿Qué pensais hacer, me dijo, y sobre qué cavilais? ¿Será posible que Abelardo haya hecho propósito formal de contraer matrimonio con Heloisa? Esta parece que tiene justo derecho, no lo negaré, para ser amada eternamente; la hermosura, la juventud, la ciencia, todo, digamoslo en pocas palabras, se reune en ella; y ademas os idolatra, enhorabuena lo confieso; mas ¿para qué adularos? esa misma hermosura no es sino una flor que la primera enfermedad marchitará bien pronto; y luego que se desfiguren ó quizas borren esas delicadas facciones de su rostro, por las que estais tan amorosamente perdido, os arrepentireis, pero tarde por vuestra desgracia, de haberos sometido á una esclavitud, de quien la muerte sola podrá redimiros. Quiero veros reducido al solo placer de la viudedad, como lo está toda la turba de los otros maridos; ¿pensais quizas que la ciencia

os convierta entonces á Heloisa en un objeto mas amable? No se me oculta que ella no es de estas mugeres locamente presumidas de sábias, que os quebrantan de continuo la cabeza con el afectado lenguage de sus impertinencias y ridiculeces, que se entremten á juzgar de los libros, y que por último deciden con el mas enfadoso magisterio. Asi es que cuando les viene la locura de hablar, sus maridos, amigos y criados, todos á cual mas, se van huyendo; al verlo cualquiera creeria oir el confuso ruido de mil clarines y timbales. Es verdad que Heloisa no tiene este defecto; sin embargo, siempre es cosa molesta el que uno en presencia de su esposa no pueda hacer uso de términos impropios; privacion muy llevadera, cuando se tributa en holocausto justamente debido á una persona, á la que reputamos como nuestra amante. Estasis muy seguro del corazon de Heloisa, me decis; creólo, como asimismo que os tiene dadas pruebas patentes de su particular inclinacion; ¿pero por donde os figurais que el vínculo del matrimonio no haya de ser el sepulcro de su amor? Los nombres de esposo y de dueño son odiosos por su naturaleza misma; ¿acaso Heloisa será este fenix que nadie puede hallar? ¿ó bien ella se

distinguirá de las demás mugeres? Vaya, vaya, la fortaleza de un filósofo está menos segura que la de los demas hombres..... Mi hermana se acaloraba, é iba á redagüirme con mil especies de este mismo género, cuando yo, interrumpiéndola de pronto, me contenté con decirla que ella no conocia á Heloisa. Pocos dias despues partí con esta desde Bretaña, y apenas hubimos llegado á París, cuando se celebró nuestro matrimonio.

Abelardo refiere á continuacion el mal porte que Fulbert tuvo con su sobrina, de cuyas miserias hace una viva pintura. Tambien el modo con que él describe los horrores de la abadia de San Gildas, desde donde escribe á Filinto, merece referirse.

Habito, dice, en un pais salvage, cuya lengua ignoro; no tengo mas comunicacion que con unos pueblos feroces; mis paseos son á las orillas inaccesibles de un mar agitado; mis monges no son conocidos sino por la corrupcion de sus costumbres, y no siguen otra regla que la de no practicar ninguna. Yo celebraria infinito, amigo mio Filinto, que viéseis este convento, pues jamas podriais persuadiros que él fuese una abadía de religiosos, la entrada de su puerta la veriais adornada con ciervos, osos, jabalíes, buhos y pieles de toda especie de fieras;

y en sus celdas hallariais colgadas presas de caza, y cebo de animales carniceros. Mis peligros se aumentan por dias, y á cada momento parece que veo una espada suspendida sobre mi cabeza. ¿Qué mas podré deciros en fin? Veome enteramente abandonado á mis pesares; hecho de menos el Paracleto que he dejado, y que anhelo por volverle á ver..... ¡Ah, querido amigo! ¿juzgais que el amor que conservo á Heloisa no me haga guerra todavia? A lo menos hasta ahora no pude vencerle en el retiro....., doy mil suspiros, y derramo lágrimas de sangre..... Escápaseme el nombre de Heloisa, y mi alma al pronunciarle se llena de un gozo especial..... Quéjome del rigor que la suerte usa conmigo?..... ¿En qué merecí pues tanto sinnúmero de tormentos? Sin duda me los atraje justamente, puesto que me han acaecido. Si el mundo os aborrece, vez tambien, Filinto, como á mí me ha aborrecido igualmente. Por consiguiente saquemos fuerzas de nuestro propio fondo, y valiéndonos de nuestros infortunios, resignémonos en la superior voluntad de un Dios que no atribula sino á los que ama..... ¡Desdichado de mí! ¡os doy ahora lecciones, cuando yo seria mas que venturoso si por mí parte pudiera practicarlas! Á Dios.

HELOISA
Á
ABELARDO.

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asilo,
Donde reina la paz sincera y justa
En sosegado y plácido retiro,
Y la virtud austera y penitente
Sujeta á la razon el alvedrío,
¿Qué tempestad, qué horror tan impensado
Vuelve á turbar el corazon tranquilo
De esta débil muger? ¿Qué nueva llama
Se aviva en lo interior del pecho tibio?
¿Quién renueva mi ardor mal apagado?
Amor, cruel amor, ¿tu fuego antiguo
Empieza á renacer en mis entrañas
Despues de tantos años? ¡Qué delirio!
¡Infeliz *Heloisa*! ya pensabas
Haber de amor el fuego sacudido,
Y aun amas y conservas encubierto
De engañosa ceniza un fuego vivo!
¡O *Abelardo*! ¡O placer! ¡O dulce nombre!
Estos rasgos de mí tan conocidos,
Esta carta, estos tristes caracteres,
Por tan preciosa mano dirigidos,
Cien veces los he visto, y otras tantas

A mi amorosa boca los aplico.
Sí, *Abelardo*, cien veces y otras tantas.
Oh *Abelardo*, mi bien.... ¡Pero qué digo!
¿Y en esta soledad tan tierno nombre
Me atrevo á pronunciar, y aun á escribirlo?
Perdona, Dios benigno: á tus altares,
Inmenso Dios, me postro y sacrifico:
Tu ley, tu ley terrible me prohibe
Escribir al esposo mas querido.
Ya *Heloisa* obedece tu mandato.....
¡Pero qué en vano á resistir me animo!
Si el corazon me dicta las palabras,
¿Cómo podrá la pluma resistirlo?
¡Oh triste soledad! ¡oh horror! ¡oh claustros!
¡Prisiones infelices del destino!
Mármoles insensibles, piedras duras,
Pues no os puede ablandar el dolor mio;
Yertas cenizas, cuyas sombras frias
Aplacamos con flores y con himnos,
¡Quién fuera cual vasotras insensible!
En vano desde el trono del empíreo
Me llama todo un Dios; mi pecho cede
De la naturaleza al yugo indigno.
En vano invoco al cielo en mi socorro:
La oracion, las plegarias, los cilicios,
Mi llanto y confusion no son bastantes
Para aplacar la llama que respiro.
Apenas vieron mis turbados ojos
La carta que escribistes á tu amigo.
En aquel mismo instante, ¡oh *Abelardo*!
Se renovó el dolor de mi martirio.

Acá á mis solas te contemplo y veo,
Y á veces me parece que te miro
Con placentero y halagüeño rostro,
La sien ceñida de amoroso mirto,
Gustoso y satisfecho entre mis brazos
Rendir al Dios de amor tus sacrificios;
Otras te miro solitario y triste,
Cubierto de cadenas y cilicios,
Pálida la color, y el rostro hermoso
Con ayunos y lágrimas marchito,
En la quietud del ignorado claustro
Buscando en los altares el arrimo.
Alli la santa religion opuesta
A nuestro amor, intenta desunirlo!
Y cortando cruel con violencia
Lazos con tanto amor y tiempo unidos
Quiere hacer de *Abelardo* y *Heloisa*
Dos seres olvidados de sí mismos.
¿Y podremos, podremos sin desdoro
Menospreciar lo mismo que quisimos?
¿Abandonar la fe, el amor, la gloria
Y el bien con tantas penas adquirido?
No, *Abelardo*, no puede tu *Heloisa*
Vivir indiferente á su destino.
Escríbeme, formemos otros lazos:
Yo lloraré tus males, tu los mios:
El eco acostumbrado tantas veces
A oir lamentos de amadores finos,
Repetirá tus quejas y las mias.
¿Podrán quitarnos nuestros enemigos
Hasta el consuelo acaso, de querernos?

¿Nos privarán aun de este triste alivio?
Mis lágrimas son mias; libremente
Regar con ellas puedo el suelo frio.
¡Mas ah! que tu, *Abelardo*, tu me dices
Que el llanto en que me anego y aniquilo
Tan solamente se le debe al cielo,
Al cielo que tenemos ofendido.
¡Pero qué en vano intentas persuadirme!
Todo al perderte lo perdí contigo.
Al contemplar que para mí no vives,
Que no te he de ver mas, que te he perdido,
A ti solo mis lágrimas se deben,
Por ti yo peno y lloro de continuo.
Hazme saber tus males ó tus bienes,
Escríbeme, *Abelardo*, yo lo pido.
El arte de escribir, don de los cielos,
El arte encantador y seductivo
De oir, de hablar, y de tratar sin verse,
Un comercio tan dulce y tan activo,
Sin duda fué invencion de dos amantes.
El puede hacer pasar un fiel suspiro
Del frio bóreas al opuesto antártos.
¡Qué bien que expresa un sentimiento fino
En la agitada pluma de un amante
La sincera elocuencia del cariño!
Alli sin el rubor que turba el alma,
Ostenta amor su plácido dominio.
Y vierte sin rodeos ni apariencias
Su ardiente llama el corazon sencillo.
Nuestra union fué legítima y sincera:
Los hombres la acusaron de delito;

¡Y el cielo, el mismo cielo se resiste!
Cuando se unió tu corazon al mio,
Cuando tu me ofreciste con el nombre
Sagrado de amistad el amor mismo,
Me pareció que tus hermosos ojos
Daban un resplandor puro y activo.
Turbada con tu vista, anonadada
En el gustoso error de mis sentidos,
Yo misma me buscaba los engaños,
Y preparaba á mi prision los grillos.
Te tuve por mi dios, yo lo confieso.
No tuve mas querer, mas albedrío,
Que el mover de tus labios amoroso.
Tu me pintabas el amor benigno,
Afable, bienhechor, tierno y humano.
Con esto de tus labios á los mios
La dulce persuasion se introducia,
Y el hechicero ardor de tu atractivo.
Heloisa te amó: siguió en tu busca
Los pasos del placer no permitidos,
Sin tener de su Dios en aquel tiempo
Sino la sombra de un recuerdo frio.
Todo te lo cedí; mi honor, mi gloria
Te rendí muy gustosa en sacrificio;
Mi bien, mi gusto lo encontré en tí solo;
Tú fuiste mi querer, tu mi destino,
Mi anhelo, mi placer, mi dios, mi todo:
Todo, *Abelardo*, lo encontré contigo.
Cuando tu mano asida con la mia,
Quisiste unir nuestros afectos finos

Con el terrible lazo de himeneo,
Mi amor, mi mismo amor lo contradijo.
¿Qué intentas, te decia, loco amante?
Abelardo, el amor no es un delito,
¿Por qué pretendes, pues, esclavizarle
A las tiranas leyes del capricho?
El nació puro, libre, independiente,
¿Por qué tiranizarlo y oprimirlo?
Unanse con el lazo de himeneo
Corazones mas bajos ó mas tibios;
Mas no los de *Abelardo* y *Heloisa*.
Yo encuentro en el amor mi bien, mi alivio.
Al verdadero amor nada le falta,
Ni tiene falsedades, ni desvios.
Amemos mutuamente, penetremos
El arte de estrecharnos y de unirnos.
Sepamos agradarnos, y esto basta,
Que amor ha de buscarse en amor mismo.
Imagina, *Abelardo*, que un monarca,
Prendado en vano de mis atractivos,
Pone á mis pies el cetro y la corona,
Y que ostentando con amor rendido
Su poder, su opulencia, y su reinado,
Se lo ofrece á mi amor en sacrificio:
Verás á tu *Heloisa*, despreciando
De tanto bien el aparente brillo,
Posponer al amor de su *Abelardo*
La grandeza, el honor, y el reino mismo.
Tu, *Abelardo*, lo sabes; de mi pecho
Solo tienes el trono y el dominio;
Solo tu corazon es mi riqueza,

La grandeza y los bienes á que aspiro.
Los títulos que inventa la fortuna,
Con solo risa y menosprecio miro,
Jactándome de ser tu *enamorada*.
Si hay un hombre mas tierno, si mas digno
Que exprese mi pasion con mayor fuerza,
Ese será, *Abelardo*, el nombre mio.
¡Qué dulce es el amor! ¡Qué lisonjero
El ver corresponder un fiel cariño!
¿Quién mas feliz que dos finos amantes,
Que en una mutua llama consumidos,
Un mismo pensamiento los anima?
En ardientes deseos confundidos,
Sola una voluntad sus pasos guia
Por los senderos del amor benigno;
La risa y el placer los acompañan;
Siempre gozan, y siempre el apetito
Nuevo placer les muestra y nueva gloria:
Jamas su corazon se ve vacio
De la dulce ilusion de lo que adoran.
Ella preside á su placer continuo,
Y con seguridades mil ofrece
De males y disgustos el olvido.
Dichoso aquel que ama, y mas dichoso
Aquel que ve su amor correspondido:
Dichoso á quien amor nunca abandona;
Que á solo amor es dado y concedido
El bien de hacer felices á los hombres:
Sacrifiquemos al amor propicio;
Si buscamos el bien, que el amor solo
De la felicidad es el camino.

Así pensaba yo, cuando enojada
Y envidiosa del bien en que nos vimos,
Una mano cruel y temeraria
Profanó... Pero basta ¡Qué delito!
De un golpe nos quitaron los placeres.
Indique mi rubor lo que no digo.
Dichoso si el destino que nos rige
Dejara alguna vez de perseguirnos;
Pero aun otras desgracias nos aguardan;
De un abismo corremos á otro abismo.
Acuérdate, *Abelardo*, de aquel dia
Que ante las sacras aras ofrecidos,
Renunciando del mundo y de su pompa
Víctimas del amor entrambos fuimos.
Tu mismo con dudosa y débil mano
Fuiste del acto el fúnebre ministro:
Tu me pusiste el velo consagrado:
Mis tristes ojos de penar rendidos,
Bañaron con sus lágrimas (en vano)
El hábito sagrado y los cilicios;
Y el corazon de amor no satisfecho,
En otro nuevo amor quedó cautivo.
El cielo mismo oyó, no sin espanto,
Los votos que uno á otro dirigimos:
Las bóvedas del templo resonaron:
El sol obscureció su hermoso brillo;
Y la luz que alumbraba á los altares
Lució con un color triste y sombrío.
Ven, pues, lumbrera de mis tristes ojos;
Ven, *Abelardo*, ven: el hado impío
No me prive tambien de tu presencia;

Que este es el bien postrero que te pido.
Ven, y renovaremos los placeres
De solos los amantes conocidos.
De nuestro amor cautivas nuestras almas
Volverán á sus dulces extravíos.
Yo me abraso: de amor el vivo fuego
Otra vez predomina en mis sentidos:
Déjame recostar en tu regazo,
Juntar tus dulces labios á los mios,
Y unidos con estrecho y tierno lazo,
Respirar un amor y un fuego mismo.
¡Qué momento! ¿Te acuerdas, *Abelardo*?
¡Qué encantos! ¡qué placeres! ¡qué deliquios!
¡Oh *Abelardo*! ¡oh placer! ¡oh qué tormento!
¡Placer para *Heloisa* ya perdido!
¡Tiempo pasado ya, recuerdos tristes,
Que aumentan el dolor de mi martirio!
¿Pero qué dices, desgraciada monja?
No, *Abelardo*, no escuches mis delirios:
Otros placeres hay, otros contentos;
Muéstrame tu la senda y el camino.
Ven, sí; pero no vengas á quererme:
Ven á enseñarme como buen amigo
A postrarme á los pies de los altares,
A dirigir mis llantos y gemidos,
Bajo la suave ley de tu obediencia,
Al cielo de mis culpas ofendido.
Ven; y piensa á lo menos que las monjas
Que habitan este lóbrego recinto,

Un director piadoso necesitan,
Que arregle sus diarios egercicios.
Ellas recogerán desde tus labios
La voz sagrada de su esposo amigo,
Y bajando con dócil obediencia
A tu suave voz el cuello erguido,
Se harán mas llevaderos con tu ejemplo
La soledad y horror en que vivimos.
Tu fundaste estos muros; tu volviste
La soledad de inhabitables riscos
En prados deliciosos; tu dictaste
La ley sagrada y dulce en que vivimos.
Las vírgenes humildes que la siguen,
Sus deseos al cielo sometidos,
Un Director piadoso necesitan
Que arregle sus diarios egercicios.
Muévante, pues sus lágrimas siquiera,
Que yo en nombre de todas te lo pido.
Mas ¡ah! ¡qué caridad tan engañosa!
¡Qué ingenioso es el hombre en su perjuicio!
Yo soy sola, *Abelardo*, quien te llama:
Ven, pues, de los amantes el mas fino,
De todos los esposos el mas tierno,
Mi padre, mi querer, mi bien, mi amigo:
Tu apasionada *Heloisa* no, no puede
Ni aun seguir la virtud sino contigo.
Los árboles frondosos que rodean
Los muros de este fúnebre edificio,
Cuyas cimas se pierden en los cielos,
El lúgubre cipres, el pino erguido,

El dulce murmurar entre las flores
Del arroyuelo manso y cristalino,
La diligente abeja, que recoge
El nectar en las flores embebido,
El susurrar del céfiro apacible
Cuando templa el ardor del seco estío,
La grata variedad la hermosa vista
De estos bosques amenos y floridos,
Nada templa mi ardor ni mi tormento,
Porque el funesto y triste dolor mio
Corrompe con su lóbrega influencia
La grata amenidad de aqueste sitio.
Agóstase la fresca y verde yerba
Al soplo abrasador de mis suspiros,
Y la pálida flor se troncha y cae
Agobiando su vástago marchito.
El céfiro no es blando ni apacible,
Y en vez de dulces y acordados trinos,
Cánticos solo de tristeza y llanto
Entonan los pintados pajarillos.
Tal es este lugar donde cautiva
Triste y ausente de mi amante vivo.
Solo soy inocente y virtuosa
Cuando la ausencia de mi amante olvido.
Y al contemplar de mi virtud la causa,
Cien veces me arrepiento y la maldigo.
¿Yo sujetar mi amor? ¿Yo poner freno
A la encendida llama que respiro?
¿Y podrá hacer esfuerzo tan terrible
Un corazon tan débil como el mio?
¡Ah! que antes que el pacífico reposo

Vuelva en mi corazon á hallar asilo.
¡Qué número de angustias que me esperan,
Esperanzas, temores y desvíos!
Yo podré amar, sentir, arrepentirme,
Querer, y no querer á un tiempo mismo,
¿Y qué no podré hacer? Lo podré todo?
Ménos aborrecer lo que he querido.
¡Oh funesto accidente! ¡oh duro yugo
Que turbas la quietud de mi retiro!
¡Quién eres *Heloisa*! ¿no conoces
El deber que te impone tu destino?
Entre un Dios y un amante colocada,
¿Ha de ser el amante preferido?
Oye, pues ¡oh gran Dios! mis oraciones;
Líbreme tu poder de un enemigo,
A quien mi pecho resistir no puede.
Y cuando invoco tu poder invicto,
Mas que el exceso de mi ardiente pecho
Temo el efecto ¡oh Dios! de tus auxilios.
O amables y sencillas compañeras,
Que la santa virtud unió conmigo,
Inocentes y cándidas palomas
Que en el claustro esparcis vuestros gemidos
En vuestro pecho solo, en vuestro pecho
La robusta virtud triunfa del vicio,
Y vuestra vida austera y penitente
Destierra el fuego del amor lascivo.
Solo le concedeis el amor casto
De vuestro corazon puro y sencillo.
¡Oh como sois felices! insensibles
Al fuego impuro del amor indigno,

Serenos dias y tranquilas noches
Pasais en sosegados egercicios,
Y no perturba vuestra quieta calma
De la pasion el imperioso grito.
¡Oh sosegada y apacible vida;
Con cuantas veras y dolor la envidio!
Al despertar de la rosada aurora
Mi corazon se abrasa en fuego vivo;
Traspone el claro sol los altos montes,
Y no calma el rigor de mi martirio,
Y el tranquilo silencio de la noche
Aviva mas y mas su ardor maligno.
Cuando me ocupaba el sosegado sueño,
Me duermo en el regazo de Cupido,
El con hermosas y ligeras alas,
Acaricia mi pecho adormecido;
El me recuerda las pasadas noches,
¡Memorias de mis gustos ya perdidos!
Preséntaseme en sueños *Abelardo*,
Oigo su voz, le veo y me imagino
Volver á recibir el placer tierno
Que el lisongero amor lleva consigo.
El pecho en nuevas llamas abrasado,
Renueva mil ternezas y cariños,
Le abrazo, y en mis venas agitadas
La agradable ilusion hace su oficio.
¡Mas ah! que cuando mas me lisongea
Este gusto engañoso, este delirio,
Despierto y corre la razon el velo
A mi placer soñado y fugitivo.
¡Dichoso tu, *Abelardo*, en el estado

A que la sinrazon te ha reducido!
Tu sangre semejante á la agua clara
Que lleva un manso y sosegado rio
Sin fuego ni aun calor corre tus venas,
Y con el nuevo yelo endurecido,
No tiene ya como antes en tu pecho,
Amor su region, trono, ni dominio.
Ven, pues, caro *Abelardo* ¿por qué temes,
Si ya en tí el Dios de amor no encuentra abrigo?
¿Podrá *Heloisa* parecerte hermosa?
¿Podrá hacer revivir tu amor antiguo?
Mi corazon sensible ya conoce
Que no puede en el tuyo hallar asilo:
Y como la funesta y triste antorcha,
Que alumbra en vano los sepulcros frios
Sin calentar las pálidas cenizas,
Así la llama ardiente que respiro
Se alimenta en mi solo y triste pecho
De amor que no ha de ser correspondido.
Heloisa te adora, y tu no puedes
Compensar con el tuyo su cariño.
¿Y piensas que por eso he de olvidarte?
No, *Abelardo*, no puedo, los cilicios,
Las duras leyes que detesto en vano,
La dura austeridad y su retiro
No te pueden borrar de mi memoria.
Mi corazon en llanto sumergido,
Llorando implora á Dios, y su clemencia.
La augusta magestad del triste sitio,
La presencia de un Dios, las sombras frias

De cadáveres yertos y podridos,
No pueden distraer mi fantasía;
Solo tu imágen veo, solo miro
La ilusion agradable de *Abelardo*.
Cuando se entonan los sagrados hymnos
Ante el augusto altar del Dios supremo,
Solo tu voz resuena en mis oidos:
Tomo en mi mano el trémulo incensario
Que eleva el humo denso hácia el Empireo,
Y entre la espesa nube que se forma
Que estás allí, *Abelardo*, me imagino:
Tiendo en vano los brazos, no te encuentro,
Y mi deseo y turbacion maldigo.
El templo y sus sagradas ceremonias,
La pompa de los dias mas festivos
Nada puede fijar mis atenciones.
Póstranse los Espíritus divinos
Ante el altar de Dios, cuando se ofrece
Su augusto y adorable sacrificio:
En medio de los cánticos sagrados,
Cuando solo se escuchan los suspiros
De alguna alma contrita y humillada,
Y de santo temor sobrecogido,
El Sacerdote ofrece el holocausto;
Mi corazon cobarde y fementido
Solo á *Abelardo* invoca; nada puede
Apagar este ardor ni resistirlo.
¿Pero dónde me arrastra mi locura?
¡Desgraciada de mí! ¿Qué es lo que digo?
Huye de aquí cruel, huye *Abelardo*,
Que ya se acerca el plazo prevenido.

El aliento me falta:::-el tierno pecho
Conoce ya su próximo exterminio.
Déjame estos instantes á lo menos,
Aléjate á pais desconocido:
Habitemos los límites opuestos
En que el gran mundo se halla dividido:
Divida nuestro amor el mar inmenso,
Si basta el mar inmenso á dividirlo.
Cuando mi alma á Dios ya convertida
Se arranque con el último suspiro,
Temo encontrar tus pasos señalados,
Que turbando mi paz y mis designios
Me recuerden las cosas ya pasadas,
Y renuevan mi amor mal extinguido.
A dios placeres mios, á dios gustos,
Tan gratos otro tiempo, tan queridos:
A dios errores que en mi tierno pecho
Pintó tan dulces el amor lascivo:
Acaben ya el placer y las delicias:
Apáguese de amor el fuego activo:
Y su funesta y encendida llama,
No se alimente ya en mi pecho frio.
Mi corazon á Dios se vuelva al cabo,
Pues de todo al dejarte me despido.
¿Pero qué triste voz me intimida
Y turba el corazon despavorido?
Será:::-sí, ya es la hora de mi muerte,
Ya se me acerca el término prescrito.
Una noche velaba arrodillada
Sobre la losa de un sepulcro frio,
La moribunda luz ardia á pausas

Con un explendor pálido y sombrío:
Y apenas consumida ya la mecha,
Dió al apagarse el último estallido:
Cuando de una vecina sepultura
Llegó esta triste voz á mis oidos:
"Detente cara hermana, no te turbes:
» Yo fuí lo que eres tu hoy; nuestro destino
» Que unió nuestros deseos en la vida,
» Tambien despues de muertas quiere
» unirnos.
» Yo viví como tu, mi débil pecho,
» De una pasion violenta poseido,
» Se abrasó con inciertas esperanzas,
» Que echó por tierra mi cruel destino.
» En la profundidad de estos sepulcros
» En silencio jamas interrumpido
» Se anonada el amor, la dura suerte
» Sumerge en largo y duradero olvido
» Sus gustos y placeres engañosos,
» El siempre vencedor nunca vencido,
» El orgulloso amor cede á la muerte,
» A su guadaña pálida rendido,
» Muere pues, mas no temas á la muerte:
» No temas al que llaman vengativo,
» Que es un Dios de piedad, á quien le
» mueven
» Las lágrimas de un pecho arrepentido."
O Dios, si esto es así, si sois tan bueno,
Si mis pasadas culpas y delitos
Se borran con el llanto de mi muerte,
Venga luego el momento apetecido.

¡*Oh gracia luminosa*! don del cielo,
Virtud que nos prometes bienes fijos,
No sujetos á tiempo ni mudanza,
Acaba de una vez: córtese el hilo
A mis cansados dias, y mi alma
Traslada á las moradas del Empireo.
Yo me muero *Abelardo*, ven, no tardes.
Ven á cerrar mis ojos oprimidos
Con el pesado sueño de la muerte:
Ven, y recoge el último suspiro
Con el postrer aliento de mi vida.
Y tu, cuando el destino mas tardío
Ponga fin á la tuya, cuando el tiempo
Marchite los preciosos atractivos,
Que tanta pena y lágrimas me cuestan,
Haz que se junte en un sepulcro mismo
Tu ya helada ceniza con la mia;
El mismo amor sobre su mármol frio
Grabará por su mano el epitafio,
Que por si algun curioso peregrino
Se llega mas de cerca á contemplarlo,
Dirá: *aquí yacen dos amantes finos:*
Amor causó su mal y su desgracia;
Guárdate caminante de seguirlos.

ABELARDO
Á
HELOISA.

Quién pudiera pensar que en tantos años
De penitente y retirada vida,
Tanta oracion, ayunos, penitencias;
Despues de tantas lágrimas vertidas,
Cuando ya el cano yelo de los años
Va arrugando la tez de mis megillas
El fuego del amor no se extinguiera?
Yo tambien algun dia lo creia;
¡Mas, cómo me engañaba! de esta calma,
De esta serenidad pura y tranquila,
Que solo cabe en un corazon casto,
¡Cuán distantes estamos, *Heloisa*!
Júzgalo por ti misma: aquesta carta
Con tanto ardor y tal pasion escrita,
Una expresion tan tierna y elocuente,
Amor llevó la pluma al escribirla.
Solo amor es capaz de tanto fuego,
Amor dictó las expresiones vivas
Bastantes á avivar la llama oculta
Que en mi ya tibio pecho se escondia.
No hay remedio; esta llama abrasadora,
Cuando en un débil corazon se abriga,
Si númen superior no la combate,

Si de nuestras miserias condolida
La potencia de un Dios no la destruye.
En vano intenta el hombre resistirla.
Yo lo sé por mi mal, no habrá recurso,
De cuantos la razon persuade y dicta,
Que contra amor no llame en mi socorro:
Cilicios, oraciones, disciplinas,
Nada basta, su fuego irresistible
Es de naturaleza tan maligna,
Que cuantos mas obstáculos le pongo,
Mas con la oposicion crece y se aviva.
¡Oh! ¡si pudiera yo significarte
Con que dolor me oprime y martiriza
La memoria fatal de aquellos tiempos,
De aquellas horas por mi mal perdidas
En que un amor contento y satisfecho
A la felicidad nos conducia!
¡Engañoso camino, senda errada,
Amena en los principios y florida;
Despues, cuando ya el fin se va acercando,
Sembrada de malezas y de espinas!
Las flores que hermosean la ribera
Mil gradaciones de color varían.
Allí una fresca y encarnada rosa
Sus olores suavísimos respira
Mas allá un tornasol enamorado
A los rayos del Sol su faz inclina:
Una vana azucena en otra parte
Ostenta su bizarra lozanía.
Nada de esto es hermoso y agradable,
Exclama mi pasion enfurecida.

Mas bella es *Heloisa*, mas hermosa,
Mas puro es el color de sus megillas
Que la derecha y cándida azucena.
El mismo Sol que las influye y cria,
Si con sus bellos ojos se compara,
Menos hermoso y mas oscuro brilla.
Una calle formada de arrayanes
Me lleva á una distante caseria,
Término regular de mi paseo;
La simple risa y el placer la habitan;
Una agraciada y tímida aldeana
Gobierna cuidadosa la familia,
Los pequeñuelos hijos la rodean,
Uno con inocente y dulce risa
Pide á su madre pan, otro la halaga,
Otro sube á la trémula rodilla
Del cariñoso padre, ella gozosa,
Y en inocentes gustos sumergida,
Reparte á todos con igual cariño
Sus maternales besos y caricias.
¡Oh, qué escena tan triste y funesta!
¡Qué terribles imágenes se excitan
En una alma de amor toda ocupada!
¡Oh amado objeto de dolor y envidia!
¡Quién fuera cual vosotros! ¡quien pudiera
Estrechado en los brazos de *Heloisa*,
Con el perpetuo é indisoluble lazo,
Multiplicar el ser que nos anima!
¡Qué bien habrá que pueda compararse
Con la posesion dulce y tranquila
De un objeto tan tierno y tan querido!

Cuanto producen las remotas Indias
Por un solo momento de este estado
¡Cuán despreciable y bajo me seria!
¡Con cuanto gusto fuera ganadero!
Con el calor por la floresta umbría,
Cantando llevaría los ganados;
O cuando por la tarde el Sol declina,
De la dura labranza fatigado,
Los perezosos bueyes guiaría,
En el umbral de nuestra triste choza
Ya con la cena preparada y limpia,
Culpándome de tardo y negligente,
Solícita *Heloisa* esperaría.
El sencillo querer, la paz hermosa,
Las voluntades tiernamente unidas,
El mutuo suspirar, el amor fino,
Dieran gusto y sazon á las comidas:
Y cuando la callada y triste noche
Cubre de oscuro luto las campiñas,
En el seno inocente de mi esposa
La risa y el placer me cercarian.
Pero, ¡oh vanas ideas! ¡oh ilusiones!
¡O esperanzas que no he de ver cumplidas!
Idos lejos de mí... ya se acabaron
El placer, los contentos, las delicias,
Los gustos que otros tiempos me sobraban:
Ya nada soy... con la venganza indigna
Que tomaron de mí mis enemigos,
Solo me aguarda el llanto y la ignominia.
Con esto me lavanto despechado,
Sin aguardar la simple despedida

De la cortés y tímida aldeana,
Que de mi turbacion sobrecogida,
Lo que es humillacion y abatimiento,
Atribuye á virtud con fe sencilla.
Otras veces absorto en mis ideas,
Sin senda que me guie y me dirija,
Me subo á lo mas alto de una peña;
De allí descubre la ambiciosa vista
Una llanura inmensa en que á lo lejos
Se ve un camino que á mi patria guia.
La memoria confusa y agitada
Me acuerda mil imágenes antiguas
Dormidas algun tiempo; un montecillo
Me oculta con lo erguido de su cima
La morada feliz donde crecieron
Los inocentes años de *Heloisa*.
Aquel es el parage, aquel el sitio,
Aquel el blando lecho en que yacia,
Cuando la vez primera á mis ternuras
Rindió humillada su esquivez altiva.
Allí en vez de las últimas lecciones
De una sábia y veraz filosofia
Con que instruí su corazon honesto
Las tiernas y amorosas elegias,
Que amor dictaba al elocuente Ovidio,
Su engañoso maestro la exponia
¿Con qué imaginacion? ¿con cuanto fuego
Al leer los suspiros de Corina
Sus ardientes conceptos expresaba?
El amor y las gracias atractivas
En su risueña boca se sentaban,

Y mientras tanto oculta y sin sentirla
La llama del amor mas abrasado
En su inocente corazon ardia.
¡Oh cuantas veces el rubor sencillo
Que asomó en sus megillas encendidas,
Daba en su rostro indicios manifiestos
Del afecto interior que producía!
¡Cuantas veces atónita y turbada
Con suspiros, la voz interrumpida,
Trémula y agitada, no acertaba
Ni aun á explicar la idea concebida!
Yo te enseñé el querer, yo fui el maestro
De la engañosa y pérfida doctrina
Que corrompió tu cándida inocencia.
Yo en vez de la pureza y alegria
Que en tu sincero pecho se albergaba,
Sembré el error, la pena y la perfidia.
Yo te conduje al claustro solitario,
Donde una voluntad no persuadida,
Hizo á Dios el tremendo sacrificio
Del resto miserable de sus dias.
Un hábito funesto, un triste velo
Cubre el verdor, la gala y bizarría
Del cuerpo mas hermoso y agraciado.
Los bellos ojos, cuya luz solia
Causar envidia á tantas hermosuras,
Hoy en la tierra con dolor se fijan.
¿Qué hará mi dulce bien en este instante?
Absorta en su dolor y confundida,
¿Se habrá olvidado ya de su *Abelardo*?
No, no es posible: su voluntad fina

No es capaz de olvidar, mientras el alma
Unida al cuerpo permanezca y viva.
Y aun mas allá, cuando la dura muerte
Nuestro funesto ardor corte y divida,
En lo interior de los sepulcros frios
Arderán nuestras pálidas cenizas.
No hay hora ni momento en que esta idea
No me atormente, y sin cesar me aflija,
Ni objeto en que el amor no se me ofrezca.
Voy al coro, y allí la fantasía
Me representa el coro en que humillada,
Y en tu dolor absorta y confundida,
Con lágrimas amargas y abundantes
Lloras á Dios tus culpas y las mias.
Salgo á recreacion y me paseo
Por la fuenesta y verde pradería,
Y allí amor disfrazado en bellas formas;
Cual sierpe entre las flores escondida,
En cada nuevo paso que voy dando.
Nuevo placer y nuevo ardor me inspira.
La verde yerba que corona el prado,
Las flores que le adornan y matizan,
El arrayan á Venus consagrado,
La vid silvestre al olmo entretegida,
El acordado son que van formando
Las ojas con el viento sacudidas,
El trinar de las aves, el murmullo
De la risueña y clara fuentecilla,
Todo inspira un placer voluptuoso,
Todo al placer parece que convida.
Corre un arroyo sosegado y manso,

Que lleva su corriente dirigida
Al solitario albergue donde tiene
Su triste habitacion mi dulce amiga.
Tu eres feliz, exclamo al contemplarlo,
Tu bañas el convento donde habita
La causadora de mis tristes males:
Tu riegas las trepadas clavelinas
Que ella cultiva con su mano hermosa:
Tal vez en tu corriente cristalina,
Al declinar de la abrasada tarde,
Buscará la frescura apetecida.
Tu sabrás sus secretos mas ocultos;
Tal vez sentada en la frondosa orilla,
Sus ojos fijos en la seca arena,
En actitud confusa y pensativa,
Destilarán copioso y triste llanto;
Y tal vez sin pensarlo, confundidas
Se mezclarán en tu corriente clara
Sus lágrimas amargas con las mias.
Confuso en estas tristes reflexiones
Se me pasan las horas sin sentirlas,
Y á mas andar la noche va viniendo.
El Sol alumbra á los opuestos climas,
Los astros que iluminan en su ausencia,
Con magestad parece que caminan,
Y no abandonan su inmutable asiento;
La luna á nuestro globo mas vecina
Del sol que la ilumina frente á frente
Su luz refleja y triste nos envía.
Entonces si que en un corazon débil
Ejerce la imperiosa tiranía

El duro amor de su orgulloso mando,
Y al mas ligero impulso conmovida
Con el quieto silencio de la noche,
Cede la relajada y débil fibra.
Entonces á su mal toda entregada
La imaginacion triste y afligida,
Separada del resto de los séres,
Solo ve los objetos en sí misma.
Por la noche suspira el triste amante,
A quien la cama blanda y bien mullida
No basta á conciliar el dulce sueño
Que de sus ojos huye y se retira.
Los importunos zelos le rodean;
De su fineza mal correspondida
La triste imagen sin cesar le inquieta
Y entre el dolor y el llanto repartidas
Mil años, y aun mil siglos le parecen
Las horas perezosas y tardías.
Otro amante feliz al mismo tiempo
Maldice de la aurora la venida,
Porque á su amor contento y satisfecho
La noche con su sombra patrocina.
Yo tambien por la noche doy la rienda
A mi imaginacion enardecida,
Y busco en mil ejemplos que acumulo,
Disculpa á la pasion que me domina,
Todos los hombres aman: el salvage
Que vive sin cultura y policía,
Ama á su dulce y cara compañera.
El tostado Africano, el fiero Scita,
Y aun los irracionales tambien aman.

Ama el pez en su estancia húmeda y fria;
Y por el aire en acordados trinos
Cantan su amor las tiernas avecillas.
Sigue el leon á la leona fiera,
El ciervo á la ligera ciervatilla,
Detras de la becerra brama el toro:
Y en los espesos árboles metida
Lamenta y gime con suspiros tiernos
Su triste amor la viuda tortolilla.
Así cuando percibe desde lejos
El olor de la yegua apetecida
Desbocado el caballo generoso
Con inquieto furor brama y relincha,
Y no hay freno que baste á sujetarlo.
El elefante y la pequeña hormiga,
El sencillo cordero, el lobo hambriento,
El sapo tardo, y la ligera ardilla,
El insecto á la vista imperceptible,
Y la ballena enorme que domina
Con su extension los dilatados mares,
Todos sienten de amor la llama activa.
Amor de la sagaz naturaleza
Las varias producciones vivifica:
El reproduce en los amenos prados
Las flores apagadas y marchitas,
Y de las plantas útiles al hombre
Los dulces frutos sazonados cria.
El estiende á los seres mas remotos
Su dilatada y vasta monarquía:
Por él baja la piedra hácia su centro,
Por él las aguas hácia el mar caminan:

El hace generoso al avariento,
Y al mas cobarde influye valentía,
Que en busca del objeto que le arrastra
A peligro mayor se determina.
Por él, el atrevido y ciego amante
Sin respetar del ronco mar las iras,
A nado lo atraviesa por la noche
Sin temor ni respeto que lo impida.
Cuantos mas riesgos, mas inconvenientes,
Mas él amor lo allana y facilita,
Amor ablanda al corazon mas duro,
Y al hombre mas feroz rinde y mitiga,
Por amor llora el héroe mas valiente,
Por él la madre tierna y compasiva
Estrecha en su regazo el fruto adulto
De sus pasados gustos y alegrias.
Por él el viejo consumido y cano,
Que vecino al sepulcro ya se mira,
Ve en sus robustos hijos el apoyo
De los cansados años de su vida.
De amores cuanto vive; cuanto siente
Por la virtud de amor siente y respira.
Amor es todo, sin amor no hay nada,
Todo al imperio del amor se humilla.
Si amor es, pues, tan fuerte; si en el mundo
De su activo poder nadie se libra;
Si todo se le humilla y se le rinde,
¿Seré el único que yo le resista?
Tales son mis continuos pensamientos,
Estas son las ideas que me agitan,
Y esta furia, esta llama, esta locura

No hay esfuerzo que baste á reprimirla.
Póngome en oracion y perturbado
Solo á *Heloisa* mi pasion medita;
Recojo mi atencion á la lectura,
Y en cada pensamiento, en cada línea
La historia de mi amor se me presenta,
Hasta que fatigada ya y rendida
Con la continua agitacion el alma,
Los párpados al sueño ya se inclinan.
Tambien allí *Heloisa* me persigue;
Mil imágenes tiernas y lascivas
En que astuto el amor se me disfraza,
Vuelan en rededor de la tarima,
Donde descansa el fatigado cuerpo;
Y cuando ya entre el sueño y la fatiga
Batallando la máquina suspensa,
Ni bien despierta está, ni bien dormida;
Oigo el relox... las doce... y á maytines
Trémula la campana nos avisa.
Vístome, y voy al coro apresurado;
La senda que á la iglesia me encamina
Pasa por el vecino cementerio,
Y la imaginacion despavorida
Con la terrible imagen de la muerte
El turbado cabello se me eriza.
Todo infunde un silencio pavoroso;
Las copas lentamente conmovidas
De los cipreses fúnebres redoblan
El funesto terror que me intimida.
El importuno Cárabo no cesa
Su lamentable y triste gritería:

La rana en el arroyo cenagoso
Redobla su querella repetida
Y desde lo mas alto de la torre,
Meláncolico el buho ahulla y silva,
De los tristes objetos que me cercan,
El temor las imágenes duplica;
La planta temerosa y vacilante
Pisa con miedo las cenizas frias
De tantos compañeros que en el claustro
Unió un destino y una suerte misma.
Allí descansa el virtuoso Erasto;
Su proceder, su fe sincera y viva,
Con el retiro austero y penitente,
Venció la llama del amor maligna,
Y en su serena y arrugada frente,
Calma y tranquilidad llevaba escrita.
Aquellos son los huesos de Filándro,
Del tierno y fiel amigo á quien solia
En otro tiempo el mísero *Abelardo*
Comunicar sus bienes y sus dichas.
¡Cuántas veces sus útiles consejos,
Cuando un amor cruel me consumía,
Por un breve momento le atajaron!
Una amistad sincera nos unía;
¡Ya murió .. ya no existe!...mi desgracia
Hasta de este consuelo infiel me priva.
Yo tambien moriré, tambien la muerte
Cortará el hilo á mis amargos dias,
Con tanta pena y lágrimas pasados.
Cuando una suerte adversa y enemiga
Persigue al hombre desgraciado y triste,

Que solo aguarda penas y fatigas.
La muerte es su recurso, en ella sola
Ve el término feliz de sus desdichas.
Mas, ¿dónde voy arrebatado y ciego?
¿Podrá darme á entender la pena mia,
Por mucho que se empeñe en explicarlo,
La serie de mis males infinita?
No, *Heloisa*, no puede; á dios bien mio:
No nos queda otro arbitrio, vida mia,
Que en lágrimas bañando el pecho y suelo
Invocar la bondad, piedad divina.
Renunciemos á vernos, y vivamos
Libres de amor, de zelo y ansias vivas,
Procuremos entrambos libertarnos
De suerte tan amarga y abatida.
Yo no puedo ya verte ni escucharte
Sin incurrir en las celestes iras,
Ni tu puedes tampoco pretenderlo
Sin irritar la cólera divina.
Ya no pienses en mí; piensa en Dios solo,
Y enclava en él tus ojos noche y dia.

RESPUESTA
DE
HELOISA.

Y tuya es esta carta? ¿con que me amas
Y á verme y visitarme te deniegas?
¿No te basta, cruel, que tu *Heloisa*
En este triste claustro viva presa?
A esta negra mansion de pena y llanto
Donde la muerte y el horror se alvergan,
A estos alzados muros, á estas tapias
Que á mis llorosos ojos se presentan,
A tantas cerraduras, tantas llaves,
A este torno espantoso y á estas rejas,
¿Intentas añadirme todavía
El continuo tormento de tu ausencia?
¡Ah querido *Abelardo*! tu mudanza
No puede corregir mi pasion tierna;
El amor de mi pecho mas se inflama
Cuanto mas tibio ó frio te me muestras.
En vano, en vano de mi pecho el fuego
Pretendes apagar con tus ideas,
Mientras el alma en su pasion absorta
Y envuelta entre visiones halagüeñas,
Está siempre tu amante contemplando,
Tus caricias y gracias hechiceras.
Es fuerza, caro amigo, no hay remedio

Que te vea Heloisa ó que perezca.
¿Qué hago aquí desdichada? en mi desgracia
La mano vengadora y justiciera
De todo un Dios irrito. ¡Qué de horrores!
¡Qué de crímenes negros se me engendran!
Ya consumida en delirante llama,
Ya abrasada en angustias lastimeras,
Suelto en desórden el cabello al viento
Llorosa al cielo envio mis querellas:
Lucho, me agito, y me esfuerzo en vano
Orando por calmar mi pasion ciega,
Que mi ánima violenta y anhelosa
En alas del deseo al pecho vuela
De su distante bien, y ¡ay de mí triste!
Le siento palpitar en cada vena.
El rigor de mi suerte deplorable
¿A quién me volveré que templar pueda?
Yo que otro tiempo de tu fiel cariño
Me ví colmada y de placeres llena,
¡Ahora me miro foribunda y triste
Sin consuelo á mi bárbara tristeza
Y á un ilícito amor abandonada!
Ilícito mi amor..? ¿Do me despeña
Mi tímida piedad? ¿Dónde los gritos
De mi sobresaltada infiel conciencia?
Si legítimo ha sido nuestro enlace
¿Qué razon al olvido nos condena?
¿Por ventura serán aquellos votos
Que habemos proferido sin prudencia
Esos votos terribles, criminales
Que el cielo, el cielo mismo vitupera?

¡Qué! ¿Primero no son los otros nudos
Que tanto nos enlazan, nos estrechan,
Y aquellos sacrosantos juramentos
De vivir siempre unidos en la tierra?
¿Quién nos pudo dictar los posteriores
Sino la necedad y la flaqueza?
¿Será que el Ser supremo se complazca
En nuestro suspirar y amargas penas?
¿Será, será virtud un sacrificio
Que no pudo aprobar naturaleza?
Mas ¡qué digo insensata! ¿Cómo olvido
Los votos fervorosos, las promesas
Que ante las aras sacras ofrecimos?
Apiádate, gran Dios, de mi miseria.
Una débil muger, vil polvo, nada,
Abrasada de amor, de fuego llena,
¿Cómo puede vencerse y moderarse
Si vos no la prestais vuestra asistencia?
¿Y es forzoso que olvide á mi *Abelardo*
Para poder del todo merecerla?
Sacrificio costoso, mas debido,
Supuesto que Dios mismo me lo ordena.
Resígnome gustosa.... ¡ó *Abelardo*!
A dios, á dios mi bien, mi cara prenda...
¿Con qué habré de olvidarte para siempre?
¿Y será irrevocable esta sentencia?
Yo *Abelardo* no puedo por mi parte
A una ley sujetarme tan funesta,
Que amor es, solo amor y amor constante
Para quien supo amar la ley primera.
Y luego para mi que te idolatro,

¿Qué es el celo viviendo tu en la tierra?
¿A qué al caso cubrir bajo este velo,
Bajo este velo santo la viveza
Del indómito ardor que me devora
Si aparece su llama por do quiera?
¿Para qué he de jurar no mas amarte,
Si el alma cada vez te ama mas tierna?
Cada sol que renace nuevo fuego
Trae á mi corazon con llagas nuevas.
Cada sol al morir deja á mi pecho
Entre nuevos ardores nuevas penas,
Y la gracia divina apenas basta
Para poder templar su activa fuerza.
Ven ¡oh dulce *Abelardo*! ven á hacerme
Algo mas soportable mi existencia.
Si no te veo mas, si te ensordeces
A mis tiernos suspiros y á mis quejas,
¡Oh cual vas á enconar mis crudas llagas!
¡Y á qué graves dolores me condenas!
¿Qué temes, amor mio? No, mi vista
La paz no alterará de tu conciencia.
No imagines pretenda que tu pecho
Se me muestre amoroso ó se enternezca,
Ni que alivies mis males como esposo
Ni que amante muy fino comparezcas.
Yo verte solo quiero y obligarte
A que no me desames y me atiendas.
Mas tu temes, cruel, hasta mi vista
Que amor para inconstantes es ofensa.
¿Y á tu esposa podrias ver penando?
No; sus lloros, gemidos, blandas quejas

Acaso te movieran. ¡Fementido!
No tanto para huir de mi presencia
Consultas tu virtud como tu pecho
Y tu infidelidad y gran crueza.
No fué asi en otro tiempo: ¡cual supiste
Para mi perdicion mi pasion tierna
Con tus dulces palabras fomentarme
Y triunfar y abusar de mi flaqueza!
Verás la tortolilla me decias,
Solitaria vivir ántes que veas
Que infiel fuere *Abelardo* de su *Heloisa.*
Verás ántes huir la docta abeja
Del olor del tomillo floreciente:
Y primero has de ver que en las florestas
Vistosas flores nazcan en diciembre,
Y que el sol en tinieblas se convierta.
Y que el céfiro deje de ser suave
Que falte de Abelardo la terneza.
¿Y qué veo? ¡Ay de mí! mi desengaño,
Tu extrema falsedad, mi suma afrenta.
¡Oh memoria cruel! ¡feroz recuerdo
De mi crédula fe! Ya ¿qué me resta
Sino un continuo y perdurable llanto
Al contemplarme de baldon cubierta?
¡Oh mal haya aquel dia y fatal hora
Que osaste aparecer á mi presencia
Y turbar mi reposo, y en mi pecho
Insinuarte amoroso y con fineza!
¡Oh cual mi tio, mi opresor y el tuyo
A mi triste memoria se renueva!
Un cuerdo preceptor, un hombre sábio

A su ruda sobrina dar intenta,
Y un amante le da.... Pero ¿qué amante?
Cual nunca Páfos vió ni Chipre viera.
Yo vi en sus ojos que me hablaba ansioso
Su ardiente corazon, que una fe eterna
Su labio me juró: yo conturbada
Al punto le creí, y á la terneza
Mi seno palpitante abrí llorosa,
Y á poco me entregué ya sin cautela.
¡Oh! ¡cuán feliz las horas apacibles
Viera correr de sus lecciones tiernas!
Y ahora en una prision vivo sumida
Entre llantos, angustias y miserias.
¡Hombre de crueldad! yo no sé como
Debiéndote de odiar sobremanera,
Y amenguarme y correrme de quererte,
Me mantengo en quererte tan proterva.
¡Plugiera á Dios Fulbert que nunca, nunca
Pensaras arrancarme mi rudeza!
¡Cuán otra yo sería! ¡qué dichosa
Mi juventud con su ignorancia fuera!
Mi corazon en calma inalterable
No probara la bárbara crueza
De una triste pasion, ni los impulsos
Continuos de la atroz, cruel conciencia.
Ni tampoco Abelardo... por lo menos
A tu insano furor no se expusiera.
¡Oh aficion de saber! ¡funestos libros!
Vosotros me llevásteis mi inocencia.
¡Inútiles pesares! ¿Hasta donde
Dejaba á mi dolor que se perdiera?

Mi idolatrado amante, mi Abelardo,
Al fin escuchará mis blandas quejas:
No romperá los lazos sacrosantos
Con que la santa Religion estrecha
Nuestros dos corazones, y en mi daño
Remorderle no puede su conciencia;
Y al fin si delincuente es *Heloisa*
Que culpable Abelardo tambien sea,
Que do uno es el querer y una es el alma,
Hasta la culpa debe ser la mesma.
Sí, la mesma, la mesma: mas ¿qué culpa
El amor puede ser? ¡Ah! si lo fuera,
En nuestros tiernos pechos el Eterno
Arraigado su gérmen nos hubiera?
Ven imagen querida porque el mio
Tan solo por ti vive y por ti anhela,
Y un santuario inviolable será siempre
De do nunca arrancarte nadie pueda.
¡Mas qué digo, Abelardo! no me escuches
Y prosigue de la virtud la senda,
Sepulta á tu Heloisa en el olvido
Pues que el hijo de Dios así lo ordena.
Estas bóvedas tristes, estos claustros,
Que en el silencio de la noche quieta
En tu alhagüeña imágen toda absorta.
Velar, gemir y orar ántes me vieran,
Acaso me verán apaciguada
Si mi virtuoso amante por mí ruega.
¡Oh Padre Omnipotente! Dios benigno,
Que del cielo bajastes á la tierra
Por solo bien del hombre; que lavaste

Con tu muerte y pasion sus impurezas,
Tambien yo soy hechura de tu mano,
Y acreedora tambien á tu clemencia.
Calmadme una pasion que infatigable
Lucha con mi deber, y mas se aumenta
Cuanto me esfuerzo mas á combatirla:
Apiadaos, señor, de vuestra sierva.
¡Pero que en vano ruego fervorosa!
¡Qué vanas oraciones! ¡Ay! no hay fuerza
Que baste á desunir dos corazones
Que libres de prision á unirse vuelan.
¿Qué vale que mi voz ciertos momentos
El olvido pronuncie en apariencia,
Si amor, y nada mas constantemente
Profiriendo está el alma con firmeza?
¡Oh Abelardo! ¡oh dolor! ¡oh Dios inmenso!
Yo no se qué es de mí... no hay en la tierra
Muger mas infelice. Cielo santo,
Sostenedme y prestadme fortaleza.

FIN.

Se hallará en la librería de Rodriguez, calle de Orates.